

John L. Kessell · Javier Torre Aguado

FORJADO EN LA FRONTERA

Vida y obra del explorador, cartógrafo y
artista don Bernardo de Miera y Pacheco
en el Gran Norte de México



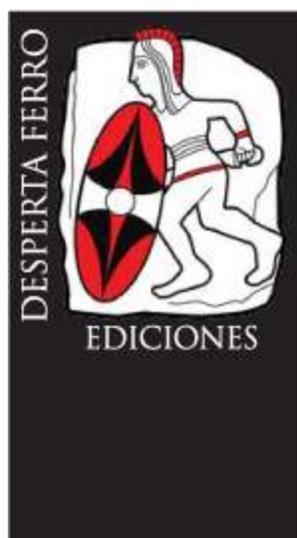
Tras el valle de peñoles de las llanuras Apaches...

FORJADO EN LA FRONTERA

FORJADO EN LA FRONTERA

Vida y obra del explorador, cartógrafo y artista don Bernardo de Miera y Pacheco en el Gran Norte de México

John L. Kessell
Javier Torre Aguado



Forjado en la frontera

Kessell, John L. y Torre Aguado, Javier

Forjado en la frontera / Kessell, John L. y Torre Aguado, Javier

Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2022 – 264 p. 8 de lám. : il. ; 23,5 cm – (Historia de España) – 1.^a ed.

D.L: M-13376-2022

ISBN: 978-84-124830-1-7

94(460) (460.13) 17”

94(460).03

Forjado en la frontera is an expanded edition of John L. Kessell, *Miera y Pacheco: A Renaissance Spaniard in Eighteenth-Century New Mexico*, originally published by the University of Oklahoma Press, 2013, Norman, Oklahoma, USA.

Forjado en la frontera es una edición extendida de John L. Kessell, *Miera y Pacheco: A Renaissance Spaniard in Eighteenth-Century New Mexico*, publicado originalmente por University of Oklahoma Press, 2013, Norman, Oklahoma, EE. UU.

FORJADO EN LA FRONTERA

Vida y obra del explorador, cartógrafo y artista don Bernardo de Miera y Pacheco en el Gran Norte de México

John L. Kessell y Javier Torre Aguado

© de esta edición:

Forjado en la frontera

Desperta Ferro Ediciones

Paseo del Prado, 12, 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-124830-1-7

D.L.: M-13376-2022

Diseño y maquetación: David Sancho Bello

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones/David Sancho Bello

Primera edición: julio 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2022 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Producción del ePub: booqlab

Editado en colaboración con la
Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Santander



ÍNDICE

Agradecimientos

Prefacio

1 EN LOS VALLES DE CANTABRIA

Un poco de historia familiar

Hidalgo, jándalo y cantero

2 HACER LAS AMÉRICAS

El viaje

La opulenta ciudad de México

El convento de San Francisco de México y la nación montañesa

3 PERIPECIAS EN EL PASO

Una boda en Janos

Echando raíces en El Paso

La vivienda de la familia Miera y Pacheco

La expedición contra los apaches junto con el padre Menchero en 1747

El mapa del padre Menchero

Un minero en apuros

Una conducta llega a El Paso

La propiedad de la tierra

Un nuevo jefe en El Paso

Las deudas de don Bernardo de Miera

4 NUEVA VIDA EN SANTA FE

La pirámide de poder:

tres montañeses y un riojano

La casa de los Miera en Santa Fe

Alcalde mayor y capitán de guerra
Luchando contra los indios comanches...
...y apadrinando indios pueblo
Forjando cañones
La expedición con el gobernador Marín del Valle y el mapa de la región
(1758)
«Mapa de esta parte interna de la Nueva Mexico [...]», las provincias
del Moqui y Navajo (*ca.* 1759)
«Mapa de el reino de el nuevo Mexico [...]», dedicado a Marín del
Valle (1760)
Un proyecto ambicioso: el retablo en piedra y un sarcófago

5 EL AÑO DE 1760

La visita del obispo Tamarón
El ataque comanche al rancho Villalpando
La burla de los indios pueblo y el castigo divino
El retablo de «la Castrense»
Últimos arreglos del gobernador saliente, Marín del Valle

6 ENTRE EL ESTABLO Y EL ESTUDIO

Una masacre contra los comanches
El regreso del gobernador Vélez Cachupín
De testigo ocasional a juez interino
Los genízaros de Abiquiú
La expedición del marqués de Rubí de 1766 y nuevos mapas
El rancho de don Bernardo
Nuevas nupcias en la familia

7 PERSIGUIENDO UN SUEÑO CON DOS MISIONEROS

El misterio de los hombres barbudos
Vélez de Escalante, misionero en Zuñi
Los indios hopi y la conexión Santa Fe-Monterrey
Obras de Miera en Zuñi

Reclutando expedicionarios
Asalto comanche a La Ciénaga
La expedición Domínguez-Escalante
De vuelta en Santa Fe

8 A LAS ÓRDENES DE ANZA

La familia Anza y la colonización de California
El caballero Croix: comandante general de las Provincias Internas
Las cartas de don Bernardo de Miera
Un nuevo plan para la línea fronteriza
El gobernador Anza, los Miera y los soldados de cuera
Cuerno Verde, jefe comanche
Más reformas en Santa Fe (y resistencia vecinal)
A vueltas con los indios hopi
El plan de conexión Sonora-Santa Fe
Otros proyectos artísticos de Miera

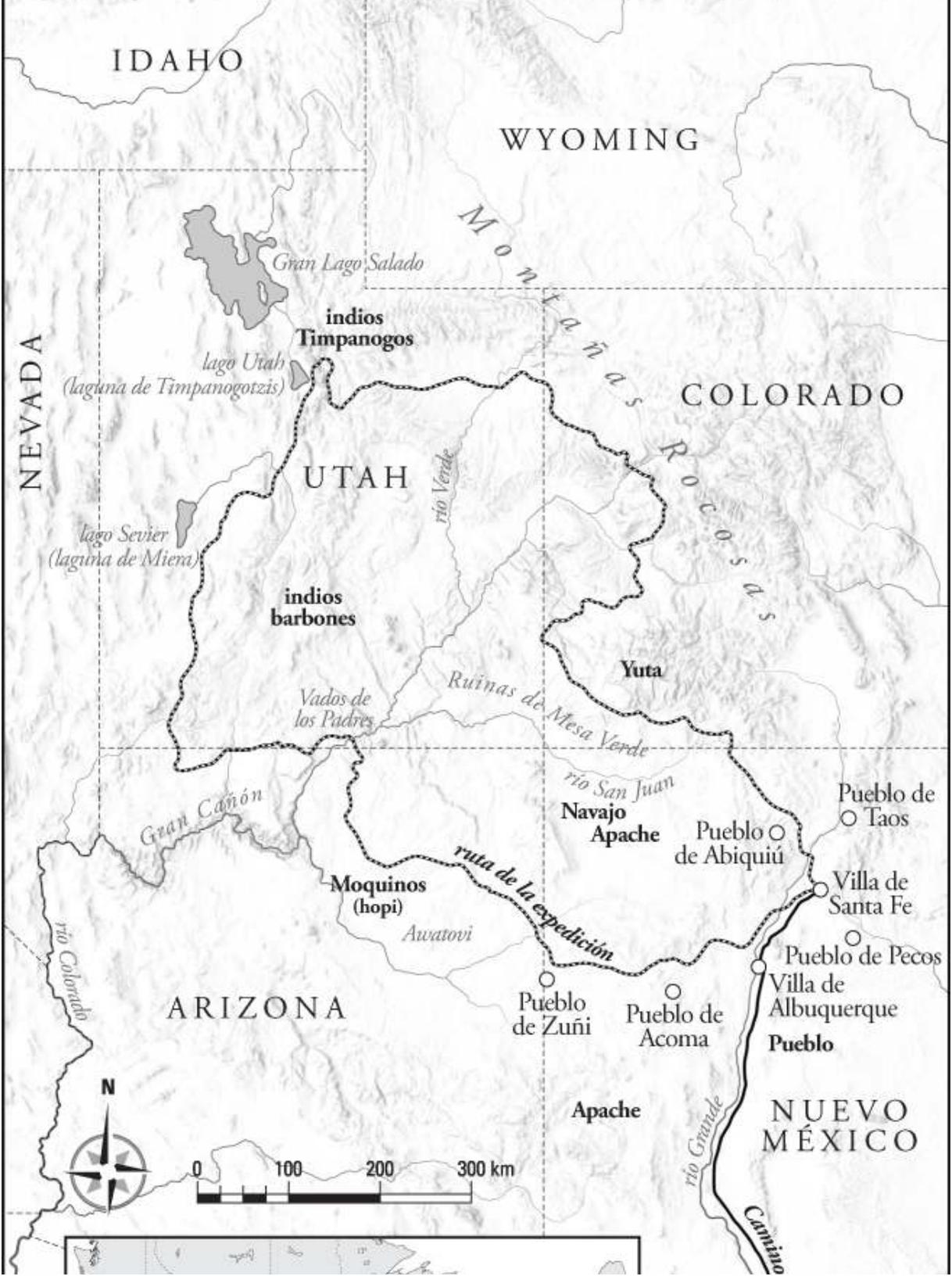
9 «MI ÁNIMO, MAJESTAD, ES SERVIRLE HASTA MORIR»

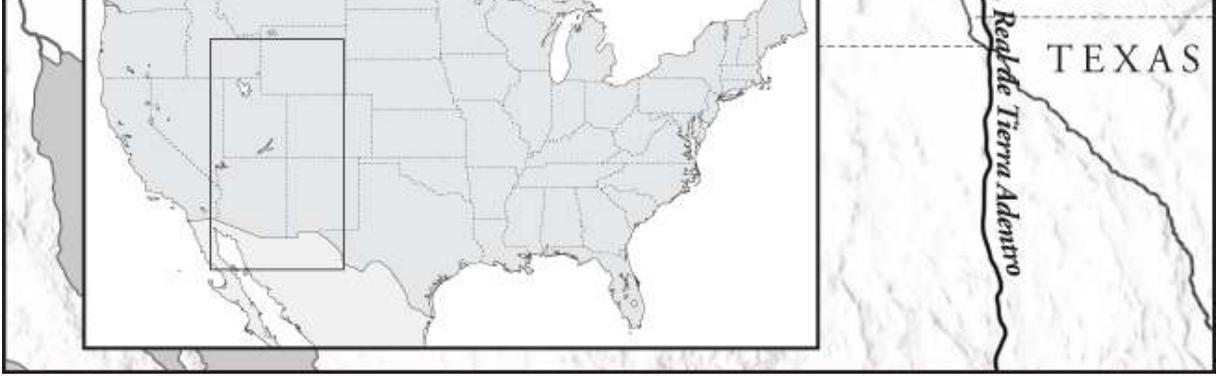
Epidemias, bodas, nacimientos y más muertes
Una paz precaria y con fecha de caducidad
«Fuente de orgullo hispano y chicano»

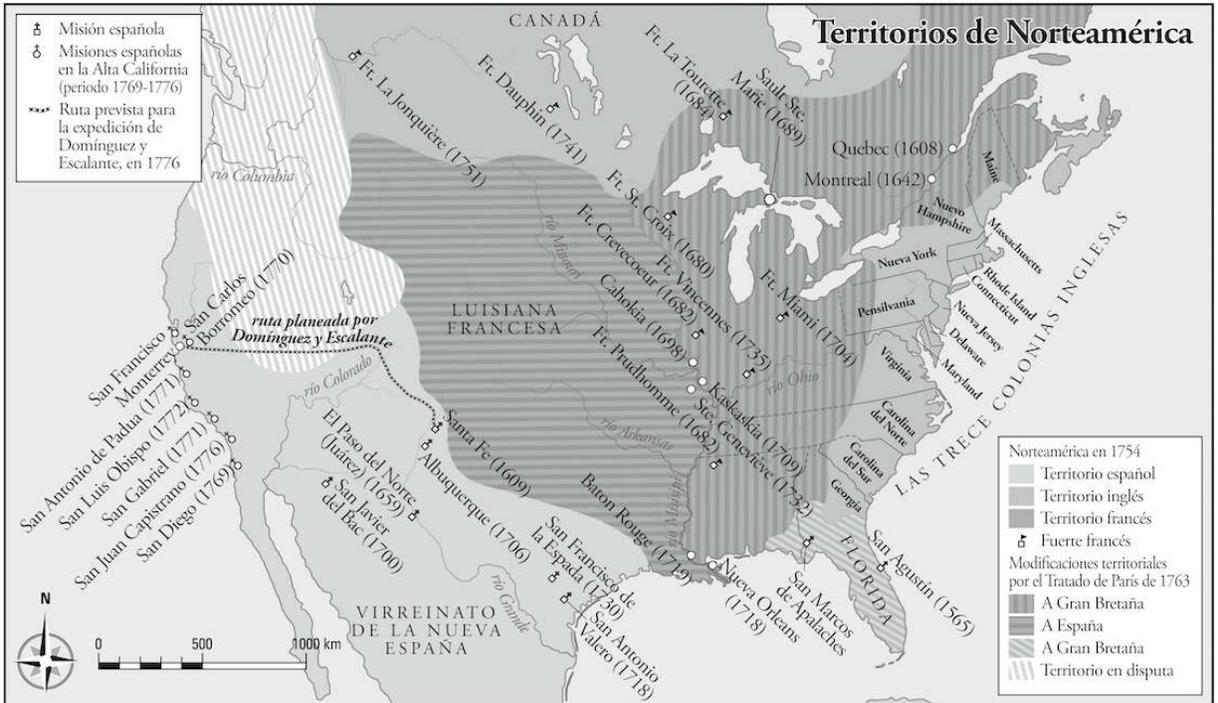
Bibliografía

Imágenes

Expedición Domínguez-Escalante (1776)







AGRADECIMIENTOS

Agradecemos, en primer lugar, a Rick Hendricks, que ejerció durante años como el Historiador del Estado de Nuevo México y cuyo conocimiento de las fuentes primarias y secundarias de la época colonial de la región no tiene rival. Hendricks compartió con John, además de su vasto conocimiento, fotocopias de documentos relacionados con la vida de Miera, especialmente la década que vivió en El Paso.

En el Center for Southwest Research de la Universidad de Nuevo México, Nancy Brown Martínez y Christopher Geherin (Chris) proporcionaron la pista de documentos repartidos en docenas de archivos que hacían referencia a don Bernardo de Miera. Henrietta Martínez Christmas, genealogista de Nuevo México, compartió con entusiasmo copias de microfilmes de España, conservados en la Biblioteca Histórica de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, que se halla en Salt Lake City.

Otros académicos e historiadores de Nuevo México que han estudiado la figura y la obra de don Bernardo de Miera durante décadas y que han sido valiosos colaboradores son Felipe R. Mirabal –que está trabajando en un libro acerca de la producción artística de Miera–; Charles M. (Charlie) Carillo, un talentoso artista y *santero* que se puede considerar un Miera del siglo XXI; y también Ronaldo Miera, presidente del Hispanic Genealogical Research Center of New Mexico y descendiente de don Bernardo de Miera y Pacheco (tataranieta del nieto de don Bernardo). Josef B. Díaz, experto en la figura de don Bernardo, amablemente cedió varias de las imágenes que ilustran este libro.

Peggy Keeran, bibliotecaria de la Universidad de Denver, ayudó a Javier a navegar por las bases de datos y fondos bibliográficos digitales, cada vez más complejos y ricos. En Londres, el bibliotecario Jesús Fernández contribuyó a

que Javier localizara los tres mapas de Miera custodiados en la London Library. Personal de la Newberry Library de Chicago también puso a nuestra disposición mapas y textos de Miera. En Madrid, el ingeniero e historiador Luis Laorden, con extraordinaria hospitalidad, guio a John hasta los mapas de Miera que alberga la Real Academia de Historia.

En Cantabria, Belén Serna, guía profesional de Cantabria y genealogista, fue una anfitriona excepcional. Fray José María Alonso del Val, del Centro de Estudios Montañeses, y Antonio Guillén, hombre de cultura de Treceño, aportaron documentación del padre Silvestre Vélez de Escalante, paisano y compañero de aventuras de don Bernardo. Tino Sánchez García, sagaz cazagazapos, revisó el texto y también participó de manera entusiasta en alguna de nuestras expediciones por el Oeste tras los pasos de Miera.

Una mención especial está reservada para Eva G. Fernández Ortiz, directora general de Cultura del Ayuntamiento de Santander y fan incondicional de la figura de don Bernardo. Eva apoyó este proyecto desde su gestación y nos acompañó en sendas excursiones hasta el pequeño pueblo de Santibáñez y a la iglesia donde fue bautizado Bernardo Pascual Joaquín de Miera y Pacheco el 13 de agosto de 1713. Más aún, cuando el libro ya estaba terminado, ha mediado para que lo publicáramos con la editorial Desperta Ferro en una hermosa edición con numerosas ilustraciones a color. Desde el Ayuntamiento de Santander, Eva ha dado el espaldarazo definitivo a esta empresa porque, como nosotros, cree que don Bernardo de Miera, en sus variadas facetas de artista, colono, explorador y cartógrafo merece un reconocimiento nacional e internacional.

El libro, finalmente, va dedicado a Eleanor B. Adams, mentora de John, que formó a varias generaciones de hispanistas en la Universidad de Nuevo México.

PREFACIO

Los abismos del mar, los estragos de un clima ardiente,
los azares de una fortuna ilusoria, el abandono,
la soledad en medio de un país tan remoto... nada les intimida.

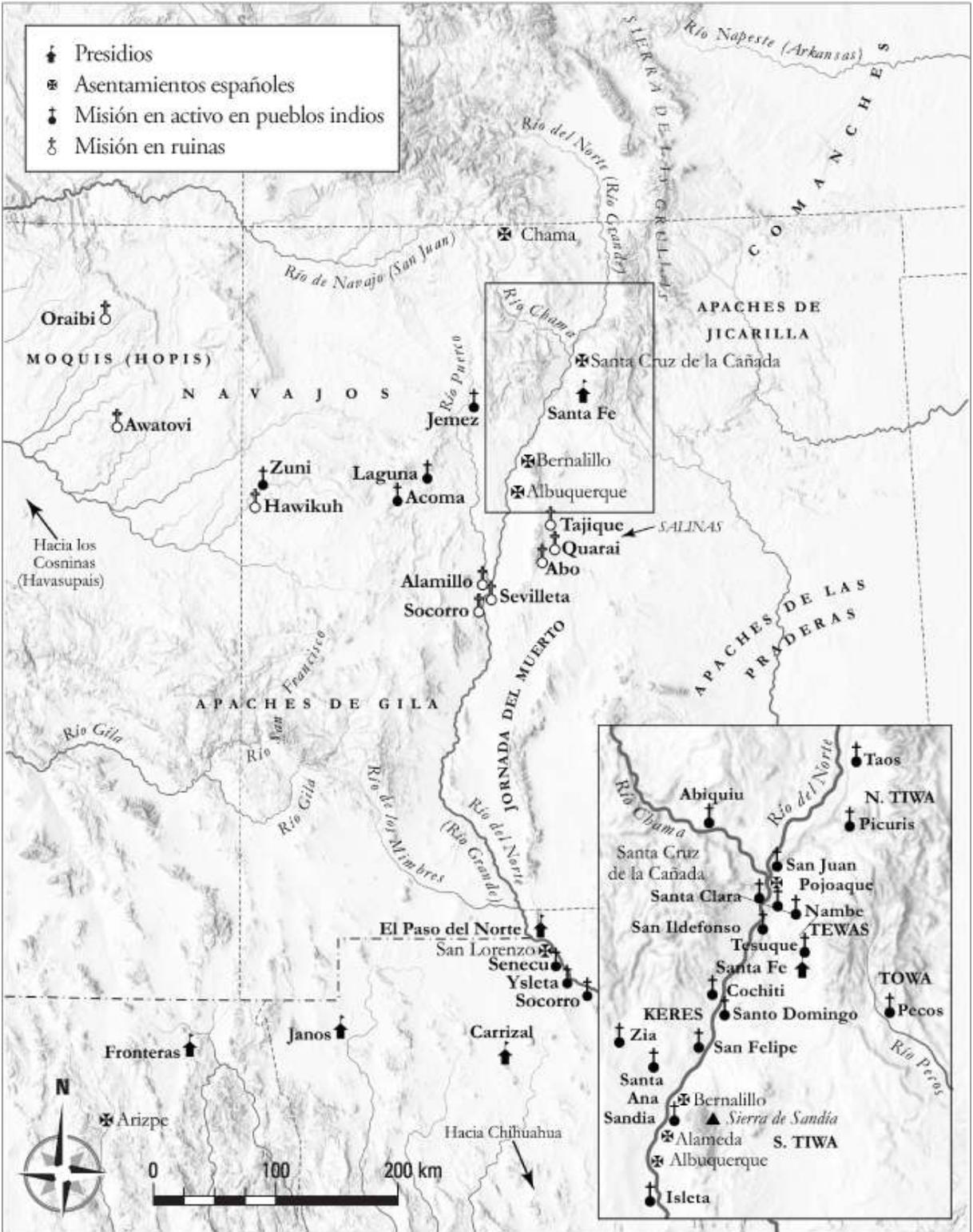
José María de Pereda, «A las Indias», *Escenas Montañesas*.

Una noche de octubre, un explorador enfermo yacía en un lecho dentro de una choza india, sus quejidos de dolor se podían escuchar desde lejos en la espesura de la noche. Dentro de la choza, un viejo chamán yuta paiute entonaba cánticos en una lengua que el enfermo desconocía; no obstante, el explorador confiaba en los conocimientos del indio y su poder curativo. Nuestro explorador llevaba tres meses viajando por territorio desconocido, sufriendo intensos dolores de estómago, retortijones violentos que le habían incomodado a lo largo de casi todo el camino y que ya no soportaba más. Era un hombre de poca estatura, de gesto adusto y contenido; el destello de sus ojos azules, que brillaban a la luz de la hoguera, mostraba el intenso dolor que padecía.

Algunos compañeros de expedición observaban el ritual, silenciosos y expectantes, desde un rincón de la choza. En su mayoría eran indios hispanizados y mestizos, también ellos confiaban en los poderes curativos del chamán y seguían respetuosamente la ceremonia. Al fin y al cabo, conocían a los indios yutas y sus costumbres, llevaban años comerciando con ellos en esta zona al sur de las Montañas Rocosas.

El explorador y sus acompañantes llevaban meses atravesando el territorio más inhóspito de lo que hoy conocemos como el Oeste americano pero que ellos llamaban el Gran Norte: una región donde las abruptas cadenas

montañosas se alternan con altiplanos desérticos de magnitud inconmensurable. Ningún europeo se había adentrado antes por ese territorio que en los mapas venía reseñado como *Terra Incognita*. Es cierto que el reducido grupo de exploradores contaba con la inestimable ayuda de guías indios que conocían bien la zona; aún así, el recorrido había sido tan extenuante que en el camino de regreso habían tenido que recurrir a comerse sus propios caballos para poder sobrevivir.



El mundo de Miera. Nuevo México en el siglo XVIII (cartografía de Deborah Reade).

El enfermo, un veterano hombre de frontera, no era Daniel Boone, ni Davy Crockett, ni Buffalo Bill, ni ningún otro legendario explorador americano, sino don Bernardo de Miera y Pacheco, un español, montañés para más señas. El lugar donde se encontraba no era ni México ni Estados Unidos, sino la frontera norte del vasto imperio español en América, los límites entre El Reino y Provincias de Nuevo México –así se llamaba esa remota región al norte del imperio– y los territorios inexplorados donde habitaban diferentes tribus de indios, muchas de ellas todavía desconocidas por los españoles.

Miera, prácticamente un desconocido hoy en España, fue una de las figuras más versátiles y fascinantes de la colonia española en América durante el siglo XVIII y, durante toda su vida, desempeñó una extraordinaria variedad de papeles. Don Bernardo de Miera fue un artista prolífico: pintó y esculpió altares que hoy adornan diferentes iglesias y misiones coloniales del estado actual de Nuevo México, en Estados Unidos. Pero, además, fue *ingeniero y capitán de Milicias* en diferentes campañas contra los indios; explorador y cartógrafo, dibujó con trazo firme los mapas más relevantes y precisos de la frontera norte durante la segunda mitad del siglo XVIII; también fue comerciante, minero (sin suerte), recaudador de deudas y... deudor, en sus horas bajas; alcalde mayor, ranchero y artesano versátil ducho en el metal, la piedra y la madera. No era vanidoso, por esa razón no se tomó la molestia de firmar muchas de sus obras (lo cual hoy supone un engorro para los especialistas en arte colonial que estudian su obra).

Durante los últimos siete años de su vida don Bernardo sirvió como *soldado distinguido* en el Presidio de Santa Fe, la villa más al norte del imperio español en América, una zona fronteriza, remota y peligrosa. Don Bernardo también fue un devoto católico, marido y padre de dos hijos y una hija. Pero volvamos a los orígenes...

1

EN LOS VALLES DE CANTABRIA

UN POCO DE HISTORIA FAMILIAR

Don Bernardo nació en el verde y húmedo valle de Carriedo en el norte de España, en las montañas de Cantabria. Parece que fue el único hijo de don Luis María de Miera Villa y de Isabel Ana Pacheco. Según la documentación escrita por el propio don Bernardo, su padre había servido como capitán en una milicia formada en lo que hoy es Cantabria y que luchó a las órdenes del conde de Aguilar en la Guerra de Sucesión española (1700-1713).

El abuelo paterno de Bernardo había servido a la Corona como alcalde del valle de Carriedo; su familia, por tanto, era conocida y respetada entre la población. El abuelo materno de Bernardo también tenía pedigrí. Don Antonio Pacheco –así es como se llamaba– había sido gobernador en la provincia de Novara en Italia y coronel del Tercio de Lombardía; perdió la vida cuando servía en la toma de Mantua durante dicha guerra de sucesión (todo, de acuerdo con la carta que don Bernardo escribió al rey de España). Ese conflicto –que afectó a casi toda Europa y que terminó con la dinastía de los Borbones en el trono español– terminó en 1713, el mismo año que nació Bernardo.

El año de 1713 fue decisivo en la historia de España. Doce meses teñidos de sombríos presagios que preconizaban lo que algunos historiadores han llamado la *decadencia*. El fin de la Guerra de Sucesión se selló con el Tratado de Utrecht, que supuso la pérdida de las posesiones europeas de la Monarquía Hispánica y por el cual se confirmaba de forma oficial el traspaso de la Corona española a la dinastía de los Borbones. A consecuencia de esta serie de acontecimientos, España perdió su posición como poder hegemónico europeo,

que había ostentado desde el siglo XVI, y se vio sustituida por Inglaterra y Francia. En contrapartida, una nueva dinastía de gobernantes, los Borbones, se proponía llevar a cabo importantes reformas sociales y económicas, marcadas por el pensamiento ilustrado, que atañirían a todo el reino.

Pero volvamos al joven Bernardo de Miera, uno más de tantos españoles que, afectado por los vaivenes históricos, tuvo que labrarse, como pudo, un porvenir. Su lugar de nacimiento fue una región eminentemente rural que, durante siglos, se había mantenido con una población escasa y dispersa. Dominaba, en lo alto de una colina, o en el corazón de un valle, la torre de algún señor local. La mayoría de los lugareños, ya fueran hidalgos o campesinos ligados a la tierra de su señor, se sustentaban, principalmente, con lo que podían sacar de la tierra y del ganado que poseían, aunque con frecuencia eso no era suficiente. Para muchos montañeses significaba tener que abandonar los valles de la Montaña que, a pesar de su belleza bucólica, estaban lastrados por formas de vida arcaicas, ligadas a la agricultura y la ganadería minifundista que apenas podía dar de comer a las familias locales. En esta economía de subsistencia, cultivaban el trigo y la cebada, también el maíz y la alubia (a partir del encuentro con América). Algunos campesinos eran ganaderos y tenían cerdos y vacas y los más afortunados también disponían de caballos y bueyes.

Miera resuena como un eco por los valles de Cantabria. El río que nace de los arroyos y que se despeña desde las altas montañas del interior lleva su nombre, igual que uno de los pueblos a sus orillas. Algunas casonas solariegas esparcidas por el valle también lucen en la fachada el imponente escudo del apellido Miera. Casi todas las versiones del blasón incluyen una torre con una escalera reclinada, dos llaves en uno de los cuartelados del escudo, o un brazo que sale por una ventana y que sostiene las llaves. A veces hay también un par de galgos. Este escudo heráldico se repite, con las variantes mencionadas, en diferentes edificios del valle: está presente en la casa paterna del grande de las letras españolas Lope de Vega, situada en el pueblo de Saro. También se puede observar en la fachada de la casa grande de los Miera, en Selaya; y, a pocos minutos de la casa natal de don Bernardo, en el convento franciscano de La Canal, fundado a mediados del siglo XVII por don Domingo Herrera de la

Concha y Miera, miembro de la corte de Felipe IV. Cualquiera que pase por el convento puede saber la hora gracias al reloj de sol que adorna la fachada principal del edificio.¹



Convento de la Canal con el escudo del apellido Miera en Villacarriedo, Cantabria. Fotografía de Javier Torre.

En el verano de 1712, un año antes del nacimiento de Bernardo, el censo oficial contabilizaba treinta y siete familias en el pueblo de Santibáñez, un conjunto nuclear de viviendas montañosas apiñadas alrededor de la iglesia que se desperdigaban en varias direcciones. En una de ellas vivía «D.n Luis de Miera y su mujer Ys[abe]l e hija hijosdalgo y es vez[in]o».²

La hermana mayor de Bernardo nació en Santibáñez. El párroco local, don Francisco Antonio de Arce, la bautizó en la pequeña iglesia de San Juan Bautista el día 1 de mayo de 1712. Los padres de Bernardo, Luis María de Miera Villa e Isabel Ana Pacheco estaban, naturalmente, presentes y le dieron a su hija el nombre de Manuela Antonia. Isabel apenas tardó unos meses en quedarse embarazada de nuevo. Ante esta noticia, la pareja decidió renovar sus votos matrimoniales mediante la ceremonia conocida como «velaciones» o bendición nupcial, que se celebró el 21 de febrero de 1713. En vez de entregar las trece monedas que marca la tradición, Luis dio una dote de doscientos doblones de oro a su esposa. Durante la ceremonia, un velo cubría los hombros de Luis y la cabeza de Isabel. Al tiempo que la pareja entrelazaba las manos, prometía educar a sus hijos en la fe católica y animarlos a seguir la carrera religiosa.³

Apenas transcurridos seis meses, el 13 de agosto de 1713, la familia de nuevo se encaminaba, junto con parientes y amigos, a la iglesia de Santibáñez de Arriba. En esta ocasión, el motivo era el bautismo del nuevo hijo de Luis María y de Isabel Ana. El niño había nacido el día 4 de agosto, fiesta de santo Domingo. La hoja del registro, que escribió de su puño y letra el padre Arce, recogía lo siguiente: «Bernardo Pascual Joaquín». Estos eran los tres nombres del niño, aunque, en el futuro, don Bernardo decidiera no usar más que el primero. El nombre de Bernardo le venía de su tío Bernardo, hermano menor de don Luis. Don Luis María, por esas fechas, tenía treinta y tres años y mantenía una excelente relación con su hermano menor Bernardo, que tenía diecisiete; más que hermanos se podría decir que eran como padre e hijo. De manera que el nombre de Bernardo pasó a la siguiente generación a través del recién nacido. De seguro, el joven tío Bernardo, como padrino, debió de sentirse orgulloso en presencia de su hermano mayor y su sobrino recién nacido mientras se celebraba el bautismo.

Es posible que los otros dos nombres de don Bernardo de Miera, «Pascual» y «Joaquín», hubieran sido sugeridos por el padre Arce antes del bautizo, que se valió de nombres bíblicos de personajes ilustres cuya figura se conmemoraba durante el mes de agosto. Como era costumbre, el cura debió de consultar el santoral y de allí tomó los nombres de los santos del día o del mes. En ese mismo mes de agosto había dos celebraciones que conmemoraban a un Pascual y un Joaquín, ambos relevantes para la Iglesia católica.⁴

El muchacho creció en el valle, rodeado por ese reducido grupo de familias locales que había tratado de prosperar durante siglos, un puñado de ilustres apellidos montañeses que resuenan entre los valles y que habrían de prodigarse también en América: Miera, Villa, Arce, Camperos, De la Concha, Ruiz de Rubalcabas.

Antes de cumplir los tres años, Bernardo recibió el regalo de una nueva hermanita: María Antonia. Y, por si no eran suficientes, tres años más tarde nació otra hermana: Jacinta Manuela Antonia. Podemos asumir que la hermana mayor de Bernardo había muerto, puesto que esta recién nacida llevaba su nombre: Manuela Antonia. La vida en el campo era dura y, por aquel entonces, la mortalidad infantil muy alta. Los lugares destinados a «enterramientos de párvulos» estaban desbordados.⁵

Los documentos de la época nos ayudan a reconstruir la historia de la familia. Cuando Bernardo tenía ocho años, su tío Bernardo se casó con Ángela Ruiz Castañeda, una muchacha del pueblo. En los valles de Cantabria había altos niveles de consanguinidad, ellos eran primos terceros, por lo que no tuvieron problemas para obtener permiso episcopal para celebrar el matrimonio. La dote que aportó el novio era de un tercio de sus propiedades. En 1727, la pareja tuvo dos hijas gemelas, una alegría para toda la familia, en especial para el joven Bernardo que, en aquella época, tenía catorce años y podía servir como modelo para sus primas recién nacidas. Aunque la tragedia no tardó en enturbiar los proyectos familiares y en enseñar a Bernardo que los caminos de la vida podían torcerse de manera imprevisible. Las primas de Bernardo fallecieron con poco tiempo de diferencia: la primera a los pocos días de nacer y la segunda dos meses más tarde.⁶

HIDALGO, JÁNDALO Y CANTERO

La infancia y juventud de don Bernardo de Miera y Pacheco son un misterio. No existe documentación que nos permita reconstruir sus andanzas. Desde su partida de nacimiento, fechada en 1713, hasta el documento que da constancia de su boda en 1741 en la frontera norte de Nueva España, en Janos (en el actual estado de Chihuahua, México) hay una laguna de casi treinta años llena de incógnitas.

Tampoco sabemos nada de la educación de Bernardo. Podemos asumir que inició los estudios con su padre y con el párroco local, como era habitual en la época y sobre todo en aquellos pueblos de la Montaña. Es posible que enviaran a Bernardo a alguna escuela religiosa o incluso al seminario. Precisamente, muchos años más tarde, en Nuevo México, cuando don Bernardo tuvo su primer hijo, fue lo que hizo. Era propio de la época y lo ha sido hasta fechas relativamente recientes. Sea como fuere, ni Miera padre ni su hijo optaron por la carrera religiosa. Los primeros veintiocho años de vida de don Bernardo son un misterio que, por ahora, solo podemos tratar de reconstruir a base de pistas o mediante el conocimiento de la vida cotidiana en Cantabria y en México durante esos años.

¿Qué edad tenía Bernardo cuando viajó a las Indias?, ¿qué le motivó a emprender el viaje?, ¿quién lo acompañó o quién lo esperaba allí?, ¿tenía algún tío u otro familiar, como solían tener otros montañeses que dieron el gran salto en una migración en cadena? A su paso necesario por la ciudad de México, ¿cuánto tiempo permaneció allí?, ¿cómo y cuándo llegó a la frontera norte de Nueva España? Seguro que cuando conoció a su novia Estefanía tuvo que dar muchas explicaciones al padre de la novia antes de poder pedir su mano. De hecho, el procedimiento habitual en el Nuevo Mundo era que si un peninsular quería casarse allí, tenía que presentar a la Iglesia y al Ejército documentos relativos a su bautizo, así como testimonios de amigos, allegados o testigos que pudieran confirmar que lo conocían en España o a su llegada a América.⁷ Si pudiéramos localizar esos documentos, ¿qué nos dirían?, ¿cómo nos ayudarían a entender mejor las razones del viaje de Bernardo y aspectos de su personalidad y de su historia?

No podemos responder a ninguna de todas estas cuestiones con seguridad. Hasta que no aparezcan documentos que, de manera fehaciente, nos permitan determinar los pasos de ese proceso, todo lo que podemos hacer es elucubrar acerca de ese periodo de su vida. Lo que sabemos, sin duda, es que la travesía partió de Cádiz. Todo el comercio con las Indias pasaba por la Casa de Contratación que, aunque fue establecida por la Corona de Castilla en el puerto de Sevilla en 1503, unos doscientos años más tarde (exactamente en 1717) se trasladó al puerto de Cádiz. Miera no era menor de cuatro años cuando viajó a América, por tanto, lo hizo desde Cádiz. Tal vez fuera un chaval de dieciséis o dieciocho años, la edad de muchos de los pasajeros a las Indias. Su paisano y contemporáneo don José de Escandón y Helguera –otro montañés que dejó una huella memorable en la frontera norte, donde fundó ciudades que llevan por nombre Laredo, Reinosa o Camargo, entre otras– marchó a las Indias con quince años y allí hizo vida y carrera.

Es posible que el joven Miera tuviera veinte años, o tal vez veinticinco, cuando partió hacia el Nuevo Mundo. No lo sabremos hasta que aparezca el documento que solían presentar todos los viajeros legales que iban a las Américas. También existe la posibilidad de que fuera como polizón, eso explicaría que no haya rastro de su nombre en el Archivo de Indias.

¿Pasó tiempo en Andalucía antes de embarcarse hacia las Indias? Sabemos que muchos montañeses solían trasladarse a Andalucía con frecuencia, pues había una corriente de movimiento migratorio peninsular hacia el sur muy consolidada. Algunos montañeses, y de otras regiones del norte, se desplazaban solo de forma temporal para pasar los veranos en el sur de España. Con el calendario agrícola de las tierras del norte, el trabajo quedaba distribuido de forma irregular, puesto que había un paro estacional durante el verano que afectaba a muchas familias campesinas. En esas condiciones, se buscaron actividades complementarias propias de otras latitudes, lo que daba lugar a migraciones estacionales. A partir de 1690, los trabajadores temporales en tierras castellanas y andaluzas empezaron a ser más numerosos.⁸

El estudioso Miguel Ángel Sánchez explica el fenómeno migratorio de la siguiente manera:

El minifundio, la renta, unas técnicas agrícolas intensivas en trabajo de bajo rendimiento por personas, el déficit permanente de cereales y, en suma, el paro encubierto durante largas temporadas, además de la falta de unas adecuadas infraestructuras de transporte, hacían que los mismos campesinos fueran directamente al mercado, sin intermediarios. Complementaria de las explotaciones agrarias, que daban lugar a una compleja red de movimientos migratorios.⁹

Los montañeses que iban a Andalucía eran conocidos como *jándalos*. Se llamaba *jándalos* en Cantabria a todos aquellos montañeses que habían pasado tiempo en Andalucía y volvían al norte tras un largo periplo. Esos norteños viajaban al sur para llevar productos de la tierra y ponerlos a la venta, tales como quesos, mantequilla o tejidos manufacturados en el norte y que cobraban valor en el destino, los cuales vendían en Castilla, Extremadura o Andalucía. Muchos *jándalos* viajaban a pie, en grupos, en un ingrato recorrido que solía prolongarse varias semanas.

Algunos *jándalos* de los que llegaban hasta Andalucía decidían quedarse y trabajar allí. Se instalaban en ciudades como Sevilla o Cádiz y empezaban a trabajar en mesones y tabernas; también se empleaban como mozos (o maestros) de cantería en la construcción de catedrales, colegios y hospitales. Otros se encargaban de otras labores. Los más emprendedores terminaban abriendo sus propios negocios, como tiendas de ultramarinos. Los que regresaban a su tierra natal después de un largo periodo (meses o años) lo hacían, a veces, vestidos al estilo andaluz y a caballo, en claro contraste con la caminata a pie que, en el pasado, los había llevado hasta el sur. Era una manera de hacer alarde en su pueblo o región de origen de cómo habían prosperado económicamente. Conseguían así el reconocimiento social al tiempo que aportaban recursos para mejorar las labranzas. A todos se los conoció como *jándalos*, un término que representaba la /h/ aspirada en la pronunciación de una palabra similar a Andalucía: *jandalucía* > *jándalo*.¹⁰

De todos los montañeses que se trasladaron al centro y al sur de España había un grupo particular que poseía unas destrezas e intereses que encajan perfectamente con el perfil artístico de don Bernardo de Miera: eran los

canteros, los trabajadores de la piedra. Hemos dicho más arriba que Miera fue un artista notable que dejó su talento en diferentes lugares de la frontera norte de Nueva España. Sin duda, su obra más sobresaliente y lograda es el altar mayor tallado en piedra volcánica, que, en la actualidad, es la pieza central en la iglesia de Cristo Rey de Santa Fe (Nuevo México), pero que, originalmente, estuvo instalado en la capilla militar conocida como «la Castrense», ubicada en la plaza de Santa Fe, hoy desaparecida. Trataremos más adelante de estas piezas, baste decir por el momento que don Bernardo es aún en la actualidad una figura de referencia en el quehacer artístico de los hispanos de la región, por su trazado, por su temática y por la herencia cultural que dejó.

¿Dónde empezó Miera a desarrollar su interés por las artes, por el dibujo y la escultura?, ¿dónde aprendió a dibujar, a hacer mapas y a esculpir la piedra?, ¿por qué decidió construir un retablo religioso en piedra, cuando la madera era mucho más fácil de trabajar y, además, el medio empleado de manera mucho más común para aquel tipo de edificaciones? Las respuestas las hallamos en su región de origen, un lugar en el que, a partir del siglo XV, se fue desarrollando el gusto y la afición por una práctica artística concreta: el tallado de la piedra, la cantería.

Primero fueron unos pocos los lugareños artistas que viajaron a Castilla, a los núcleos urbanos que estaban experimentando un fuerte desarrollo (ciudades como Valladolid, Burgos y Salamanca), para dedicarse a esta profesión y aprender. Uno de los más célebres fue Juan de Herrera, que, años más tarde, fue el arquitecto de El Escorial, en Madrid, y de la catedral de Valladolid (que, con posterioridad, sirvió de modelo para las catedrales de México y Lima).

Otros maestros canteros montañeses de la época fueron los hermanos Juan y Rodrigo Gil de Hontañón. Juan fue el maestro cantero de la catedral de Salamanca (1512), de Sevilla (1513-1519) y de Segovia (1524). Rodrigo Gil de Liendo (procedente de la localidad montañesa homónima) fue el maestro cantero de la catedral de Santo Domingo en las Américas (1529). El maestro cantero Diego de Riaño, también montañés, trabajó en Sevilla, Cádiz, Huelva y Valladolid. Estos montañeses regresaron al norte y allí empezaron a establecer talleres, es decir, escuelas de cantería que florecieron durante los siguientes trescientos años y que sirvieron para que campesinos e hidalgos labriegos de la

región complementarían sus ganancias con el suplemento que ganaban como canteros de la piedra. La mayoría de los canteros que trabajaron en España durante los siglos XVI, XVII y XVIII procedía de la Montaña, más en concreto de una pequeña franja a medio camino entre el mar y la montaña conocida como Trasmiera (más allá del río Miera), precisamente, la región de nuestro artista.¹¹

Cada taller estaba formado por un maestro cantero, con quien trabajaban unos veinte o treinta aprendices, ligados por una red de vínculos familiares y de vecindad. En su inmensa mayoría eran varones. Los aprendices adquirirían destreza labrando sobre todo la piedra, pero también desarrollaban otras artes manuales. Así, había carpinteros que tallaban la madera, plateros, rejeros, expertos en montar retablos y especialistas en la forja de metal para crear enrejados y campanas. «Había alguna población en Trasmiera en la que el 90 % de sus vecinos se dedicaba directamente a actividades artesanales relacionadas con la cantería, la escultura (en general la retablística), la fundición de campanas o la carpintería».¹²

Las escuelas de cantería de la Montaña, y también de Vizcaya y Asturias, constituyeron la mayor fuerza de trabajo que acometió las principales obras renacentistas y barrocas que hoy están repartidas no solo por España, sino también por toda Latinoamérica. Cada verano, un grupo de veinte o treinta trabajadores, formado casi siempre por vecinos de la misma comarca y por miembros de unas pocas familias, encabezados por un maestro cantero, iniciaba la temporada laboral estival con una caminata que duraba varios días, o semanas, y que los conducía a tierras de Castilla o de Andalucía. Atrás dejaban a sus mayores y a sus mujeres e hijos si estaban casados, al cuidado de las tierras y de los animales. De esta manera, a lo largo de las décadas, docenas, cientos de canteros que habían aprendido en alguno de los muchos talleres de cantería repartidos por toda la franja cántabra pasaban largos meses de verano trabajando lejos de su hogar y su familia. Eran temporeros manuales que emprendieron labores relacionadas con el alzado de las fabulosas iglesias, catedrales, monasterios, palacios, escuelas, hospitales y demás edificios notables de Castilla, Extremadura, Andalucía y otras regiones.¹³

En el equipo figuraba el trazador, que dibujaba los planos; había también oficiales y aprendices, que manejaban con destreza el martillo y el cincel; y la autoridad residía en el maestro cantero, que era quien cerraba los contratos con los clientes. ¿Qué nivel de pericia y dominio de la cantería tenía que tener un artista para alcanzar el título de maestro cantero? No había un documento oficial, era la práctica laboral y el reconocimiento de la comunidad lo que hacía que alguien alcanzara tal nivel. Cuando le encargaban a un trabajador una obra de calibre, entonces se podía considerar un maestro cantero. A mediados del siglo XVIII, Cantabria contaba con alrededor de mil maestros canteros, con sus respectivos oficiales y aprendices, de manera que eran miles los trabajadores temporales repartidos por toda la Península en época estival.¹⁴ En algunas villas, el número de canteros llegaba al 90 por ciento de la población masculina en condiciones de trabajar, lo típico era que un tercio de la población masculina, aproximadamente, se dedicara por un tiempo al trabajo de la piedra (también de la madera y los metales).

Isabel Cofiño, experta en la materia, ha identificado más de cuarenta talleres diferentes repartidos por Cantabria. Uno de ellos estaba ubicado en Selaya, a pocos kilómetros de la casa donde nació don Bernardo de Miera. Era un taller muy activo. Cofiño menciona a dos maestros canteros llamados Juan José de Miera y su hermano don Manuel Antonio, que participaron en la construcción de la iglesia de Selaya alrededor del año 1701.¹⁵ Es muy posible que fueran parientes, lejanos o cercanos, de don Bernardo. ¿Qué relación pudieron tener con él cuando este nació, una década más tarde?, ¿pudo el joven Bernardo educarse en la adolescencia en esta forma de vida trashumante y creativa?

A esta tradición artística debía de pertenecer Miera. Si sabemos que, ya en la madurez, don Bernardo de Miera fue un artista laborioso, podemos imaginar a un Bernardo niño despierto y con inquietudes creativas, que no fue ajeno a la febril actividad artística que se respiraba en su pueblo y en los de los alrededores, en toda la comarca. Es fácil figurarse al joven Bernardo, dada su inclinación hacia el arte, interesado en la construcción que se estaba desarrollando a escasos kilómetros de la casa familiar. El fabuloso palacio de Soñanes, por ejemplo, se levantó entre 1710 y 1724 y en su fachada podemos reconocer símbolos habituales de la arquitectura montañesa, como estelas, que,

décadas más tarde, don Bernardo recreó en su celebrado altar de piedra en Santa Fe. En esa pieza única en Nuevo México, don Bernardo condensó no solo temas religiosos comunes a la España católica de la contrarreforma (Santiago *matamoros*), sino también motivos propios de la arquitectura cantábrica de origen prerromano: figuras geométricas, estelas y otras formas típicas de arte montañés.

Más aún, el joven Bernardo pudo haber formado parte de uno de estos talleres canteros que atravesaba pasos de montaña para adentrarse en tierras castellanas y andaluzas y que dejaba atrás la tierra. Eso explicaría el gusto de don Bernardo, ya instalado en Nuevo México, por el tallado de la madera y de la piedra y también la decisión, tan poco habitual, de construir un retablo en piedra y, sobre todo, del empleo de los símbolos regionales procedentes de la Montaña. Don Bernardo es, probablemente, el último eslabón de una serie de canteros que se extendió por generaciones en los valles pasiegos, que trabajó por toda la Península y que, en algunos casos, terminó por embarcarse a las Indias para llevar allí el esfuerzo, la experiencia y el buen hacer artístico.

Hemos dejado claro más arriba que don Bernardo de Miera y Pacheco era un hidalgo. Al lector contemporáneo le puede resultar extraño que alguien considerado socialmente como un hidalgo –por tanto, miembro de la nobleza– pudiera dedicarse a labores manuales como trabajar la piedra. Sabemos que don Quijote, por ejemplo, era un hidalgo pobre y que tal condición le prohibía hacer trabajo manual o «mecánico». ¿Es concebible que un hidalgo se dedicara a estos menesteres y, más aún, que fuera un trabajador temporal nómada? La respuesta es sí, sobre todo si se trataba de un hidalgo montañés.

Los hidalgos montañeses eran descendientes de aquellos habitantes del norte peninsular que, durante la Reconquista, habían luchado contra los musulmanes y habían obtenido en el campo de batalla el título para ellos y para sus descendientes. Hidalgo significaba «hijo de algo» y se les denominaba «hidalgos de sangre», porque, con la perspectiva etnocéntrica de la época, su sangre no estaba mezclada con la de musulmanes y judíos que vivían en otras regiones más al sur. En Asturias, Cantabria, Vizcaya y Guipúzcoa el número de hidalgos en relación con el total de la población estaba entre el 80 y el 100 por cien, una proporción altísima con respecto al resto del país. En estos valles

rurales había, sobre todo, nobleza de segundo rango, porque los grandes linajes habían emigrado a los centros de poder castellanos. En tiempos de don Bernardo, la hidalguía pobre de la Montaña dependía de la castellana. Por debajo de los hidalgos estaban los campesinos del *estado llano*, sujetos a la tierra del señor y al pago de tributos (se los conocía como *pecheros*, del arcaico verbo *pechar*, que significa «pagar»). A diferencia de los campesinos, los hidalgos estaban comprometidos con servir al rey en campañas militares y, en contrapartida, exentos de pagar impuestos. Gozaban, además, de libertad de movimiento, un auténtico privilegio. Esto facilitó la itinerancia y la emigración de los muchos hidalgos que se dedicaban, a tiempo parcial, a la cantería y a otras tareas lucrativas en el resto de la Península.

Un documento de 1762, redactado por el maestro cantero Marcos de Vierna, hace una entusiasta defensa del prestigio y la preeminencia de los hidalgos montañeses, hidalgos «de sangre», y de su pleno derecho a hacer trabajos manuales, es decir, «mecánicos», sin perder un ápice de su dignidad y honor:

Dos noblezas se conocen en Castilla y aun en todo el mundo, una de sangre y otra de privilegio. La primera natural, que propiamente se llama hidalguía, la segunda accidental, y en rigor no es hidalguía, aunque impropriamente se le dé este nombre. La hidalguía supone siempre nobleza de sangre; la nobleza no es siempre argumento de hidalguía. La hidalguía la hace la sangre y el tiempo, la nobleza puede hacerla el privilegio. Y entre la nobleza de sangre y la de privilegio hay otra notable diferencia, que la del privilegio se oculta, se adormece y suspende por el oficio de los ejercicios mecánicos, porque, siendo accidental, un accidente la nubla y ofusca; pero la sangre no se ofusca, siempre es indeleble como la sangre misma.¹⁶

Aunque fuera hidalgo, y aunque pudiera documentar su apellido de alcurnia, el hidalgo cántabro devenido en cantero, en muchas ocasiones, tenía que emigrar más al sur para trabajar. Tenemos, entre otros, el testimonio de